

ción de sus solemnidades, se retiraban llenos de remordimientos y pena por no haber podido satisfacer la sed de venganza que les devoraba, aunque no se desalentaban ni desmayaban, firmemente persuadidos de que lograrían hacerlo sospechoso en materia de religión y de obediencia á la ley de Moisés, único camino que les quedaba para quitarle el apoyo de los pueblos, borrando la opinión que tenían de su santidad.

Como nada había en sus costumbres de que pudiesen acusarle y reprenderle, echaron mano de una cosa tan ligera y de tan poca monta, que dieron bien á entender no era el celo de la disciplina ó de la observancia de la ley la que los animaba, sino el fuego de la mas maligna envidia que los consumía; pues aun mirado con los ojos de la grosera parcialidad, no podia ser un cargo directo contra su persona, sino contra la de sus discípulos; no siendo mas el quebrantamiento de un precepto de la ley el de los que acusaban, sino el de una ceremonia que habían introducido entre las observaciones legales, pretestando que así se conformaban mejor con la ley; pues habiendo desfigurado con falsas interpretaciones la ley, les era preciso sostenerla con andamios de supersticiones, para que de algun modo apareciera aquello que ellos llamaban su espíritu y verdad. Esta costumbre era limpiar muy prolijamente lo que servia para poner las viandas en la mesa y todo lo perteneciente á ella, aunque cuidaban poco de tener limpius sus almas de los asquerosos vicios con que las ennegrecían.

Segun esta práctica ó principio, no se atrevían á sentarse á la mesa sin haberse lavado muchas veces las manos y los brazos hasta el codo, después que volvían del mercado ó de las plazas públicas, en las cuales era dificultoso que no se hubiesen acercado á algun incircunseio, haciendo escrúpulo de tomar la comida si antes no pasaban por algun baño ó alguno de sus bautismos, sujetándose además á una infinidad de otras prácticas molestas, como era el purificar frecuentemente las copas, orzas, vasos de cobre, y hasta las camillas ó canapés; sobre las que habían de comer ó en que estaban recostados durante la comida. No hay duda que todas estas costumbres era una extension supersticiosa de las ordenanzas de

CAPITULO V.

DEFIENDE EL SALVADOR A SUS DISCÍPULOS DE LAS CALUMNIAS DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, Y CONDENA LAS TRADICIONES HUMANAS Y LAS PRACTICAS SUPERSTICIOSAS QUE NO ESTAN EN ARMONÍA CON LOS PRECEPTOS DE LA RELIGION.

Evadióse el Señor de mano de sus implacables enemigos los escribas y fariseos, y del pueblo que constantemente conmovían contra su persona, sin que pudiesen causar el menor daño á pesar del odio que contra él habían concebido, lo que ya habia verificado igualmente en otras varias y diversas ocasiones; por lo que cada vez mas llenos de coraje, estaban resueltos á prenderle y á deshacerse cuanto antes de él: así es que le seguían por todas partes y fueron en tropel para encontrarle hasta Galilea, que era el lugar ordinario de su residencia, resueltos á hacerle un nuevo tiro sobre sus costumbres y doctrina. Es muy probable que los escribas y fariseos que en esta ocasion se atrevieron á presentar la batalla al Maestro divino, fuesen galileos, y que habiendo sufrido con los demás de Jerusalem las derrotas que en los capítulos anteriores hemos visto en el mismo templo del Señor donde habían concurrido para la celebra-

Moisés mal entendidas, con cuya adición la observancia de las ceremonias legales, de suyo bastante onerosa, venía á ser un yugo casi intolerable; y los fariseos, que procuraban adquirir gran reputación y crédito de santidad, preferían la observancia de estas supersticiosas tradiciones á las leyes de Dios, aun las mas esenciales; por lo que, para dar algun color á la nueva persecucion que meditaban contra Jesús y contra sus discípulos, dijeron: Que estaban escandalizados de ver que algunos de estos se sentaban á la mesa sin haberse lavado las manos, y tuvieron el atrevimiento de echar en cara públicamente al Señor, que toleraba un abuso que debía mirar como un horrible pecado. ¿Por qué sufrís, le decían, que vuestros discípulos violen impunemente una tradición que nos legaron nuestros padres, y que no es otra cosa que la señal de la pureza de las costumbres? Es muy probable y verosímil que los galileos, en particular aquellos que ejercían alguna profesion mecánica, no fuesen tan escrupulosos como aquellos deseaban en estas prácticas de supererogación, y que no mirasen como delito el dispensarse de ellas. Mas como los apóstoles de Jesús formaban una escuela opuesta á la de los fariseos, pedían estos con rigor en aquellos todo lo que llamaban perfección de la ley; y si en esto se les notaba alguna falta, acusaban á su Maestro de enemigo de Moisés, de que tenía miras ambiciosas y de que intentaba levantarse contra el legislador de la nación.

No fué esta la única vez que la calumnia y la superstición envidiosa procuraron encubrirse con la capa del celo por la observancia de la ley de Dios; mas por mucho que hicieron, pronto se descubrió la venenosa flecha que querían disparar, porque son enteramente opuestos el procedimiento y el lenguaje de la envidia y la virtud. El hombre bueno y virtuoso atiende á la corrección ajena; el hipócrita envidioso solo mira á su propia honra; afrenta y confunde al prójimo, para que de él solo se diga que tiene espíritu de santidad y virtud; al otro llama pecador y á sí mismo se llama inocente. El soberbio envenena hasta las obras mas puras; reconviene con furor, sufre con amargura, reprende con odio; hácese juez sin autoridad, acusador sin verdad, testigo sin conocimiento. Todo lo que se ve

perfectamente cumplido en la reconvencción injusta que los escribas y fariseos dirigieron en esta ocasion á Jesús. Engreídos con su vana sabiduría y con la fingida virtud de que se cubren, arman lazos al Maestro divino y le arguyen con la culpa de los discípulos. ¡Horrible necedad es reconvenir al Hijo de Dios, porque no guarda las tradiciones de los hombres! Sobre lo que dice el venerable Beda [1]: Tomaban carnalmente las palabras espirituales de los profetas y lo que estos aconsejaban del lavatorio del corazón y la reforma de las obras diciendo: *Lavaos, sed limpios, y lavaos y limpiaos vosotros los que llevais los vasos santos consagrados al Señor*; ellos lo entendieron solamente de la lavadura ó limpieza exterior del cuerpo. Así pues la supersticiosa tradición de los hombres mandaba abluciones y lavatorios exteriores con mas frecuencia solo por comer el pan; por lo que se hace mas necesario que aquellos que desean participar y comer del pan que baja del cielo, se laven y preparen con mas frecuencia con limosnas, con lágrimas, y con otras obras y frutos de justicia, para purificarse de las obras malas que acaso hicieron.

No reprueba Dios la costumbre de lavarse las manos antes de comer, que nada tiene en sí contra su ley y puede dirigirse á su gloria; lo que condena en la superstición con que en esta y en otras prácticas exteriores de limpieza y aseo, ó si se quiere de buena educación solamente, ponían aquellos falsos maestros de justicia. Ellos fueron el tipo de aquellos que celan mas la transgresión de las tradiciones humanas que la de los divinos preceptos; mas la de las decretales que la del Evangelio, y mas la de las costumbres que la de las utilidades. Por estos muy solícitos de la limpieza exterior y poco de la interior, se señalan los hipócritas llenos de simulación y perfidia que acrimian á los otros por la comisión de faltas muy leves, siendo así que ellos están cargados con la de culpas muy graves, y que observan la paja en el ojo ajeno y no ven la tranca en el suyo. Pero los discípulos de Jesús, que en nada eran pecados á estos, comían sin lavarse las manos, porque sabían bien que esto no pertenecía á la verdadera virtud, que es el bello adorno interior del

[1] Ven. Bed. in *cap. 7* Marci.

alma. No se lavaban las manos los discípulos de Jesús antes de comer, dice el Crisóstomo [1], porque ya miraban con desprecio todas las cosas superfluas, atendiendo solo á las que eran verdaderamente necesarias; y no hallando este lavatorio escrito en la ley como un precepto, lavábanse ó no se lavaban, segun las circunstancias así lo demandaban, porque ¿qué cuidado habian de poner en lavarse los que por seguir á Cristo despreciaban muy ordinariamente la comida necesaria?

Argúyase cuanto se quiera y cacarése esta pretendida falta por los escribas; ella nunca podrá ser graduada por la falsa pauta de su indiscreto celo, sino como una falta de buena educacion y política; mas ella será siempre mas bien un motivo de elogio para los apóstoles, que de acriminacion; pues preferian ser tratados como impolíticos por no incurrir en la nota de supersticiosos; por lo que toda la reprension y castigo habia de caer sobre estos injustos censores que condenaban lo que merecia alabanza y alababan excesivamente aquello que solo podia antorizar su avaricia. No pudo sufrir el Señor un tal desórden, y quiso darles á entender cuánto desagradaba á Dios su malicia; y olvidando en algun modo su acostumbrada dulzura, les dió esta severa reprension: ¿Cómo os atreveis, hipócritas, á condenar á los inocentes, vosotros que cometeis tan grandes abusos, que destruis la verdadera piedad con tan abominables prácticas, y que en corazones envenenados ocultais vuestras pasiones debajo de una falsa apariencia de celo por el servicio de Dios? No excusó á los apóstoles, mas confundió á sus acusadores. Y en efecto, ¿qué es el lavatorio legal comparado con el de Cristo? Trájanos Cristo un baño, dice el Crisólogo [2], que nos lavase, no el cuerpo para la decencia de esta vida, sino el alma para la eterna salud. Hasta el corazon llega el agua de la gracia; allá entra á purificar al hombre de la suciedad del pecado. Esto no lo entendian los fariseos; por eso no se sujetaban á la santificacion verdadera, porque ignorando la justicia que nace de Dios, trataban de establecer otra que ellos se habian forjado. ¡Oh! ¡Cuán temible es el falso celo de los que no estudian el espíritu de la religion ni se sujetan en todo

[1] Div. Crisostom. Hom. 52 in Math.

[2] Div. Petr. Crisol. Serm. 171.

á la doctrina y á la prudencia de la Iglesia! Corrupcion es no animar con el espíritu de Dios las prácticas exteriores de piedad, ó poner en ellas solas todo el aprovechamiento del espíritu sin cuidarse de la caridad, que es la primera y suprema ley, ó mas bien la suma de la ley y toda la ley.

El Legislador eterno presentó á los falsos doctores un argumento, al que no pudieron contestar; porque como dice san Bernardo [1] refundiendo un clavo con otro clavo: *¿Y cómo es que vosotros quebrantais el mandamiento de Dios por cumplir con vuestras tradiciones?* Esto es, si vosotros quebrantais los mandamientos de Dios por cumplir vuestras tradiciones, ¿por qué argüis á mis discípulos de que quebrantan los mandatos de los hombres por cumplir con los preceptos de Dios? Nada á Dios agrada, sea lo que fuere lo que le ofrecieseis, despreciando aquello que estáis obligado á cumplir.

Qué bien profetizó de vosotros el profeta Isaias, continuó el Señor, cuando escribia en tiempo de vuestros padres: *Este pueblo me honra con los labios, y su corazon está lejos de mí* [2]. El honor que me da es una vana ceremonia en donde tienen mas parte la prevencion y el capricho que la razon. En vosotros, escribas y fariseos, es en quien se verifica á la letra una triste prediccion; pues abandonais la ley de Dios y guardais con tanto cuidado la pretendida tradicion de vuestros antiguos. Vosotros hacéis frecuentes lavatorios y abluciones de vuestras copas y vasijas, y veo que del todo os ocupais en semejantes menudas prácticas. Con todo eso si no preferírais estas obras de supererogacion á los preceptos de Dios, ya se os pudiera excusar; pero exagerando y encareciendo las unas, degradais y anonadais las otras, mas esenciales é importantes sin comparacion. Solo os citaré un ejemplo, y este basta para confundiros, puesto que os preciais de ser los mas celosos observadores de la ley de Moisés.

Cualquiera que sea vuestro modo de pensar, no podeis dudar que la ley que Dios os dió por mano de Moisés está escrita en los corazones de los hombres con el dedo de Dios y el de la naturaleza, que prescribe la obligacion de los hijos para con los padres. Ved pues

[1] Div. Bern. De precepto ei dispensa.

[2] Isaiæ cap. 29, v. 13.

aquí los términos en que está concebida: *Honrarás á tu padre y á tu madre*; honra que consiste en respetarlos, en obedecerlos y alimentarlos, si fuese necesario, y en asistirles en sus necesidades. Y añade la ley: *Aquel que maldijere á su padre ó á su madre, será entregado á la muerte*; esto es, el que los ultrajare de palabra, el que les diere señales de desprecio y el que los abandonare con insulto en su necesidad. Clarísimo es el precepto divino que manda honrar y alimentar á los padres. Mas vosotros le dais por el pié enseñando que agrada mas á Dios la ofrenda del hijo que el socorro de la necesidad de su padre. Injuria á la ley de Dios y hace befa de ella, el que por los fines torcidos de sus pasiones la pospone á los caprichos y sueños de la razón corrompida. Patricida es el que con capa de mayor perfeccion abandona á sus padres en la necesidad; sacrilego es el que les quita lo que por justicia y gratitud les debe, aunque sea para darlo á otro con piadoso y santo fin. ¿Dónde hay ni ha podido verse nunca la piedad, sin estar hermanada con la caridad? ¿Y dónde hay, ni se ha visto nunca, caridad sin el orden que en ella establecen el derecho natural y divino? Y qué caridad tendria aquel que estrechado por su pade ó por su madre para que le socorra en sus necesidades, ó que les alivien en su vejez, les respondiese: Los dones que presento á Dios en su templo harán que el Señor os sea favorable y propicio; estos son todo el socorro que puedo daros? ¿Creéis que con esta respuesta se habria ya satisfecho á la ley, y que el hijo quedaba exonerado de toda obligacion? ¿Si prohibís á los hijos que pasen mas allá, y quereis que los padres en su necesidad é indigencia se contenten con estas palabras duras: No quebranteis con esto el mandamiento de Dios? No habló Jesucristo sino en este precepto, cuando pudiera muy bien haber recorrido todos los otros y haberles avergonzado con las alteraciones que habia introducido en ellos.

En verdad que estaba muy lejos de Dios el corazon de aquellos hombres malvados, por cuya razon reprendian ellos y acriminaban con injusticia á los que con la mas escrupulosa fidelidad cumplian sus mandamientos. Deshonraban tambien á los patriarcas y profetas haciéndolos autores de novedades perniciosas introducidas por ellos mismos, y con esta falsa devocion y religion que aparentaban

inspiraban en el pueblo sencillo y crédulo, no solo el desprecio de las verdades mas augustas y santas, sino tambien el de las verdaderas tradiciones que de sus padres habian recibido. Es cierto que fué admirable la eleccion que tuvo en este lance el Salvador para cerrar la boca á los maldicientes y falsos acusadores; porque este era un abuso en cuya reforma estaba sumamente interesado el pueblo por el abandono á que los padres se veian continuamente expuestos. Con todo eso, no juzgó que bastaba para acallar la malignancia todo lo que habia expuesto, y quiso tambien prevenir á la muchedumbre con una breve parábola, contra la virtud y la santidad, toda aparente y carnal con que los falsos doctores hacian la guerra al espíritu de la ley. Persuadian á sus discípulos servilmente sujetos á la letra de las tradiciones humanas, y poco acostumbrados á meditar el espíritu de la ley, que la mayor perfeccion consistia, ó en la eleccion de las viandas, ó en las preparaciones de los cuerpos para comerlas; que la carne de los animales entrando en el estómago, purificaba por sí misma ó manchaba la conciencia; sin darles á entender que la obediencia á la ley ó su transgresion, era lo que hacia bueno ó malo delante de Dios el uso de ciertos alimentos, y que fuera el caso de prohibicion, todo era indiferente en esta materia.

Para combatir pues esta justicia farisaica llamó Jesús cerca de sí á todas las turbas que estaban presentes y las dijo: Escuchadme y comprended bien lo que os voy á decir. Aunque el Señor no ha permitido jamás á los hombres comer indiferentemente de toda clase de viandas, pues hay algunas de las que ha querido se abstengan en ciertos tiempos, no es el alimento que entra por la boca el que hace al hombre impuro. El uso de los manjares, sean de la clase que fueren, de suyo es indiferente, y la desobediencia solamente lo hace pecaminoso. Pero lo que sale de la boca es á veces de tal naturaleza, que mancha el alma. Todo lo que viene de afuera y entra en el hombre, no puede hacerlo pecador; mas lo que sale de su interior muchas veces es malo, y se le puede justamente imputar á pecado. Ved aquí lo que tenia que decir: Dichosos aquellos á quienes hiciere Dios la gracia de entenderlo. Fácil era de conocer que hablaba Jesús de la mancha espiritual, la cual no se

contrae precisamente por la comida y la bebida, sino por la destemplanza y la gula, por la inobediencia á las leyes de Dios, y por la falta de caridad en el uso de los manjares. Mas cuidado, no hay duda, debe darnos lo que está escondido en nuestro corazon, que lo extraño que nos viene de afuera; por esto dejó el Señor á la consideracion de los que le habian oído, la averiguacion del sentido misterioso que encerraba la parábola que acababa de referirles. Retiráronse las turbas de la presencia de Jesús, gustosas de haber oído la justificacion del Salvador, y resentidos vivamente los escribas por la humillacion afrentosa que acababan de recibir. Exponíanse con mucha frecuencia á semejantes humillaciones, porque como soberbios y sobradamente apasionados á sus doctrinas, tenían mucha vanidad; y como estaban pagados de la opinion de sus talentos, hacian tan mala eleccion de las materias para levantar calumnias contra el Salvador, que por poco que respondiese el Maestro divino á ellas, no podian salir de su presencia sino llenos de confusion; lo que seguramente no les sucediera, si ya que de sabios se jactaban, hubieran basado su sabiduría en el temor de Dios y en la inteligencia de las Escrituras santas, porque en ellas hubieran hallado escrito que David su padre pedia incessantemente al Señor [1] que pusiera una guardia á su boca y un caudado que cerrase enteramente sus labios, para que su corazon no se deslizará á pronunciar palabras maliciosas.

Timidos todavia y flacos los discipulos de Jesús, quedaron como espantados al oírle hablar á los escribas y fariseos con tanta entereza y valentía; y acercándose á él le dijeron: ¿Sabes, Señor, que los fariseos se han escandalizado y ofendido sobremanera por el discurso que acabas de pronunciar? No os inquieteis por eso, replicó el Salvador á sus discipulos con la misma energia y firmeza que antes habia hablado á aquellos; no os dé cuidado la mala voluntad de esa gente. Toda planta que no se pone por mi Padre celestial, será arrancada de raíz, porque ninguna de ellas aprovecha en mi Iglesia, que es el terreno que yo he venido á cultivar; pues todas las que á otro terreno pertenecen, mueren sin remedio. Tales son

[1] Ps. 140, vs. 8 et 4.

esos escribas y fariseos, ocupados en sembrar en medio de este pueblo máximas contrarias á la piedad verdadera. O mas claro, como dice San Gregorio [1]: Toda plantacion de las tradiciones humanas, esto es, de las doctrinas inventadas por los hombres, que no son conformes con la ley de Dios, y por consiguiente no son plantaciones de mi Padre celestial, sino que lo son mas bien de la tivieza de la carne, serán arrancadas juntamente con los que las plantaron, del campo de mi Iglesia, cuyo fundamento es el mismo Jesucristo, por la reprobacion; serán arrancadas en medio de los fieles, por la separacion, y de la tierra de los vivientes por la privacion, porque no tienen un fundamento sólido y una firme raíz. Tiempo vendrá en que serán exterminados; dejados que se descarrien, pues no quieren entrar por el camino derecho. Dejadlos que vayan al principio de su condenacion eterna, y evitad su doctrina, porque no es otra cosa que un monton de espinas que no dejan fructificar en la tierra del corazon del hombre los granos de la doctrina evangélica: el Labrador celestial que vino á plantar esta, no permitirá que la mala semilla ahogue la buena. Dejadlos, repitió el Señor, porque son ciegos que conducen á otros ciegos; y ya sabeis que cuando un ciego á otro conduce, ambos á dos caen en el precipicio. Ciegos son, porque carecen de la verdadera inteligencia de la ley, y guían á otros ciegos, porque los ciegan con sus errores y los conducen al despeñadero.

En otro paraje dice el mismo San Gregorio [2]: Cuando el pastor camina por los despeñaderos de los vicios, es muy consecuente que el rebano caiga en el precipicio. Y san Bernardo añade [3]: Cosa ridicula es, y diré mas bien, muy peligrosa, un conductor ciego, un doctor ignorante, un precursor cojo, un prelado negligente, un pragonero mudo. Pero ¡ay! que son muchos los cojos que quieren caminar delante y muchos los fátuos y necios que quieren presidir. Muchos hay que son voluntariamente ciegos porque aborrecen la luz, y cierran los ojos para no ver lo que la luz les muestra. A otros que tienen luz de ciencia los ofusca y los ciega el humo de la va-

[1] Div. Gregor. Hom. 14 in Ezechiel.

[2] Div. Gregor. 2.ª parte. Pastoral.

[3] Div. Bernard. cap. Abusiones.

nidad. Hay tambien quien guarda la luz para los demás y se queda él á oscuras; hasta la ceguedad de estos últimos debemos huir; cuánto mas de las de los primeros. ¿Qué amor podrá tener á su alma en manos de un ciego? Gran desdicha es caer en manos de un director falto de la luz necesaria para guiar las almas por el camino angosto.

Parece que después de esta explicacion de Jesucristo volvió á tomar el camino de su morada ordinaria en Nazareth, á donde le siguieron los apóstoles enviando al pueblo á sus propias casas. Tan luego como san Pedro se miró solo con Jesús y sus demás compañeros, se tomó la libertad de pedirle en nombre de todos una explicacion mas clara de la parábola antecedente, que les pareció mas misteriosa de lo que era en efecto. Jesús les dijo entonces: Así estais todavía vosotros en estado de necesidad é imprudencia, que después de tanto tiempo en que deberiais estar hechos á mi modo de instruir, os hallais con tan poca inteligencia y discurso? ¿No comprendéis que todo lo que de afuera entra en el hombre; no puede mancharlo ni corromperlo? ¿Ignorais aun que nada de lo que se introduce por la boca entra en el corazón sino que va á parar al vientre, y sale con todas las heces de la comida y es arrojado en los lugares secretos? Mas no es lo mismo lo que sale de la boca del hombre, porque el corazón procede y sale, y esto es lo que le contamina y le hace inmundo y pecador. Del corazón y de lo interior del hombre es de donde salen los malos pensamientos; allí es á donde se forman los adulterios, los homicidios, las demás deshonestidades, los hurtos, avaricias, falsos testimonios, y el fraude, la lascivia, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la necesidad, la imprudencia y la petulancia. Todos estos males y otros muchos vienen de adentro. No los da á la luz la boca hasta que los ha concebido el corazón. Ved aquí lo que mancha al hombre en los ojos de Dios. Pero el alimento que se come sin haberse lavado las manos, no lo mancha ni lo hace reo de pecado á la presencia del Señor.

Aprendan pues los que descuidan en la guarda de su corazón, esta importante doctrina que el soberano Maestro supo convertir tan oportunamente en provecho de sus apóstoles, haciendo que este y todos los demás sucesos que se señalaban en su predicacion, sirvie-

sen para perfeccionarlos en el apostolado, instruyéndoles contra las investivas de sus enemigos. Aprendan los que tienen siempre abiertas las ventanas de los espíritus por las que entra en el alma la esclavitud, la corrupcion y la muerte, pues despreciando todos los halagos del mundo y la concupiscencia de la carne, sabrán confundir á los santos doctores aunque levanten contra ellos una guerra mas cruel y funesta que la persecucion de los tiranos. Después de todo esto tambien les mostró Jesús con sus discursos y ejemplos que no convenia á los hombres apostólicos dejarse engañar, aun con el pretexto de las necesidades espirituales de sus prójimos segun la carne; y que si pueden por algun tiempo asistirlos y tratarlos con mucha precaucion, deben entregarse con menos reserva á los extraños, siempre mejor dispuestos á aprovecharse de los trabajos de un ministro evangélico, que los domésticos y parientes. Sobre todo, lo que dice san Agustin [1]: Preciso es que los hombres entiendan que no son excitadas por el demonio todas nuestras malas intenciones, sino que lo son muchas veces por el movimiento de nuestro libre albedrío; los buenos pensamientos empero son siempre de Dios. ¿De qué manera hayan de arrojarse de nuestra voluntad, entendedlo y aprendedlo del consejo que os doy; no litigéis jamás con los malos pensamientos ni con las inclinaciones perversas de la voluntad; cuando estas os molestaren é hicieren la guerra, entreteneos y ocupad vuestro pensamiento y voluntad con alguna consideracion útil y provechosa; con esta, luchad fuertemente hasta que logreis desvanecer la primera, porque nunca de destruye mejor un mal pensamiento y una mala inclinacion, sino con otra que no concuerda con la primera.

A este propósito parece que dijo oportunamente el Apóstol escribiendo á los de Galacia [2]: Proceded segun el Espíritu de Dios y no satisfareis los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne, como que son cosas entre sí opuestas, por cuyo motivo no haceis vosotros todo lo que quereis. Que si vosotros sois conducidos por el espíritu, no estais sujetos á la ley. Bien manifestas

[1] Div. August. De Ecclesiasticis dogmatibus, cap. 82.

[2] Ad Galat. cap. 5, v. 16 et seqs.

son las obras de la carne, las cuales son: Adulterio, fornicacion, desonestidades, lujuria, enemistades, pleitos, riñas, disensiones, herejías, envidias, homicidios y otras semejantes. Al contrario, los frutos del Espíritu son: Caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Fácilmente pues con el ejercicio de estas virtudes se extingue el principio y raíz de aquellos vicios, que ciegan los ojos de la razon y del conocimiento perfecto porque salen del fondo de un corazon corrompido. La union con Dios es otro de los remedios mas á propósito para lograr que el hombre vea la luz, rodeado como siempre está de las tinieblas espantosas que el infierno levanta á su alrededor, porque en toda tentacion es el remedio mas saludable esta union; y así es que decia san Agustín [1]: Cuando me uno á ti, ¡oh Señor! me descargo á mí mismo de un insoportable peso, y ya no hay para mí ni mas trabajo ni mas dolor. ¿Y quién no sabe que esta union es nuestra obligacion primera? ¿Quién puede creerse tan fuerte que pueda sobrellevar tan pesada carga? ¿Quién puede confiar tanto en sus propias fuerzas que crea no necesitar de los auxilios de la gracia de Dios, cuando en el fondo de su corazon lleva sus mas fuertes y formidables enemigos? ¿Quién oye esto y no tiembla, y no vuelve en sí, y no trata de comenzar seriamente la reforma de sus costumbres, por la mudanza entera del corazon, de donde proceden las manchas que hacen abominable al hombre en la divina presencia? Guarda pues, hombre, tu corazon, ciérrale con el candado del temor de Dios, para que allí se sequen hasta las raíces de los vicios, y solo nazca en él su santo y verdadero amor.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, concédeme la gracia de que observe los mandamientos de Dios con tanta exactitud y pureza que jamás los traspase, y que á ellos solos prefiera entre todas las cosas de la tierra, y que cualquiera que sea la tentacion ú ocasion que se me presente, nunca los quebrante: hazme entender bien que en mi co-

[1] Div. August. in Soliloquiis.

razon está siempre viva la raíz de mi daño, y que sola la vigilancia de la oracion puede impedir en mí los frutos de corrupcion y miseria. ¿Qué será de mí si no ejercito lo fe con la invocacion de tu auxilio, con el gemido de la humildad, con el fervor de la vida? Lava pues, Señor, las manchas de mi corazon, riega su ceguedad, acalora su frialdad, ablanda su dureza. Enfermo quedaré si no me curas, dormido si no me despiertas, caido si no me levantas, muerto si no me resucitas. Concédeme tambien que resista las tentaciones de la gula en todo aquello que entre por la boca de mi cuerpo, á fin de que conserve en todo la pureza de mi corazon; y como no basta para lograr tantos bienes la sola custodia humana si no asiste la divina, por esto te ruego humildemente que pongas tú mismo la custodia necesaria en mi boca para que nada entre en ella ni de ella salga que manche mi alma y la haga desmerecedora de los auxilios de la divina gracia. Amen.

NOTA. La historia del presente capitulo corresponde al XV de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 20 ambos inclusive. Y al VII de san Márcos, desde el versículo 1.º hasta el 30.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para Evangelio de la misa de la tercera semana de Cuaresma; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XV, vs. 1 al 20.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús unos escribas y fariseos que habian venido de Jerusalem, y le dijeron: ¿Por qué motivo tus discipulos quebrantan la tradicion de los ancianos, no lavándose las manos cuando comen pan? Y él les respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradicion? Porque Dios dijo: Honra al padre y á la madre; y tambien el que maldijere al padre ó á la madre, sea condenado á muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre, la ofrenda que yo por mi parte ofreciere, redundará en bien tuyo, ya

no tiene obligación de honrar á su padre ó á su madre; con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradicion. ¡Hipócritas! bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.

En vano me dan culto enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y habiendo llamado á sí al pueblo, les dijo: Oid y entended. No mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca eso mancha al hombre. Entonces, acercándose sus discípulos le dijeron: ¿Sabes que los fariseos oyendo esta proposición se han escandalizado? Mas respondiendo él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejadlos; ciegos son, guía de ciegos; y si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Pero respondióle Pedro y le dijo: Explicanos esta parábola. A lo que Jesús respondió: ¿También estáis vosotros todavía sin conocimiento? ¿No entendeis que todo lo que entra por la boca, pasa de allí al vientre y se echa en el lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, del corazón procede, y esto es lo que mancha al hombre; porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre.

EVANGELIO DE LA MISERICORDIA DE LA TERREZA DE
MARA DE PARANANÁ
En el año de 1819, el 1 de Mayo.



En aquel tiempo se levantó á Jesús otros escudos y fariseos que
habían escudado la ley y la gracia. Por que motivo los dice
pues desprecia la tradición de los santos no lavándose las ma-
nos cuando comen pan. Y si los escudados. Y por que razón
mientras enseñan el mandamiento de Dios por seguir la tra-
dición. Porque Dios dice: Honor a padre y a madre; y también
de que mandó al hombre á la mujer, que se unan y sean
una carne sola. Comienza que dice: ¿Qué es la ley?
¿Qué es la gracia? ¿Qué es la tradición? ¿Qué es la ley?

CAPITULO VI.

CURA EL SEÑOR A LA CANANEA, A UN SORDO Y MUDO, Y CON SIETE PANES Y UNOS POCOS DE PECES ALIMENTA CUATRO MIL HOMBRES.

Todas las correrías que hizo Jesús después que en la ocasión que hemós dicho en el capítulo anterior abandonó á Jerusalem, y las disposiciones que tomó después de marchar á Nazareth, todas indican con la mayor claridad que estaba muy cercano el término de la carrera que corria y el instante terrible de su sacrificio. Dos años y medio habian trascurrido ya desde que dedicado á la predication del Evangelio, trabajaba incesantemente en el establecimiento del reino de Dios y se habia dejado ver casi en todos los parajes de la Palestina, á la cual se extendia su mision. De casi todos los pueblos grandes y pequeños lo habian ido á visitar en tropas durante su presencia en Cafarnaum, tanto la gente vulgar y sencilla como los régulos y principes; los centuriones y fariseos, los doctores y publicanos, pues su beneficencia se extendia á todos, y á nadie negaba sus lecciones y consuelos. Con todo, quedaban algunas tierras donde no habia parecido, y algunas otras donde solamente la habian visto de paso; y él no queria que ninguno de los hijos de